

hombre reputado cadáver por los árabes. No tardó en incorporarse. Un alfanje sarraceno habia hendido su morrion y abierto un surco sobre su frente. El golpe mas bien que la herida le hiciera caer, y de lo alto de la muralla los enemigos le habian arrojado al foso, donde fué la brisa matutina á encontrarle para disipar el sueño y el sopor que inmovil y amortajado le tenia.

Era Oton.

Levantóse bamboleándose y lleno de contusiones, miró á su alrededor y vió solo cadáveres y ruínas.

Arrastróse por entre aquellas calles de muertos queridos, tropezando con los cuerpos y resbalando en la sangre. Iba buscando el anciano de los cabellos blancos y fué para esto pasando revista á todos los cadáveres.

Debia ser atroz el espectáculo de ver á un hijo buscar á su padre muerto entre un monton de muertos hermanos!

Hallóle por fin. Vió brillar una larga cabellera blanca, signo característico de su raza, vió su rostro en el que lucía una sonrisa como si aun aquellos labios estuvieran animados. Postróse ante él y oró.

Terminada su plegaria, estendió su diestra sobre el cuerpo y pareció prestar un juramento.

En seguida cargó el cadáver sobre sus hombros, se dirigió hácia la tienda, y allí, en el sitio mismo donde la víspera habia estado sentado el anciano de los cabellos blancos despidiéndose de Pano, allí fué donde abrió una huesa y le enterró.

— Ahora le toca el turno á Feliz! — murmuró el jóven así que hubo arrojado sobre el cuerpo el último puñado de tierra.

Y se dirigió otra vez á Pano donde no tardó en hallar á Feliz con cuyo cuerpo se disponia á hacer lo propio que con el de su padre, si al acercarse al suyo su rostro para darle el beso de despedida, los labios de su hermano no hubiesen dejado llegar hasta él un hálito tibio y debil. El jóven guerrero lanzó un grito de sorpresa y puso su mano sobre el corazon de Feliz.

El corazon latia.

Entonces vendó con precipitacion las heridas, fué á buscar agua con su casco en un manantial no muy lejano, rocióle con ella el rostro y, lleno de alegría y júbilo, vióle por fin abrir los ojos.

— Feliz, Feliz! hermano mio.

— Oton! — murmuró Feliz.

— Tu hermano, sí, pero no Oton. He olvidado este nombre. Ya no me llamo Oton. He hecho un voto, y desde hoy en adelante me llamaré *Voto*.

II.

LA CITA EN LA CUEVA.

Un año ha transcurrido.

Porqué siempre se ve sombría la frente de Voto, el gallardo mancebo, el cazador intrépito que aventaja al ciervo en la carrera, que lucha brazo á brazo con el oso de la montaña y que trepa á la roca mas empinada donde tiene su nido el águila, la reina de las aves?... Porqué siempre se muestran sus ojos impregnados de un tinte oscuro y melancólico?... Porqué no abandona jamás el ceño sus facciones?

Ay! es que Voto tiene un corazon que llora, que mana sangre por heridas eternamente abiertas; es que Voto sufre en silencio el oprobio y el baldon que pesa sobre su patria y ve, llorando de rabia, los templos convertidos en cuadras de caballos por los árabes, y ve, ruiendo de dolor, tremolar triunfante el pendon sarraceno desde las cumbres del Pirene hasta las hercúleas columnas del estrecho.

Voto es buen hijo y muerde el freno que las legiones bárbaras han puesto á su patria, pero sus esfuerzos son impotentes para romper este freno.

Solo su hermano Feliz le comprende y le apoya, solo su hermano Feliz está á su lado. Los demás hijos de esa misera nacion que cayó á orillas del Guadalete, han desaparecido, habitan como ellos las breñas y los montes, están diseminados por la patria en el fondo de sus desiertos como las semillas yacen diseminadas por los campos en las entrañas de la tierra. Mas tambien, así como las semillas dan fruto, ellos lanzarán en su dia un grito de venganza.

Voto confia y espera.

Recobrado su hermano de las heridas que recibiera en la noche fatal que convirtió á Pano en un monton de ruinas, ha ido con Voto á habitar una ignorada peña donde se han labrado una modesta vivienda.

Allí viven los dos hermanos, olvidados de todo el mundo, sin mas ser animado que les acompañe que el caballo de Voto, noble bruto cordobés que, aun cuando formó parte del botin de los agarenos en Pano, no tardó en escaparse, fiel á su amo, para volver al sitio donde este se habia quedado.

En aquella morada donde han encontrado un refugio, viven tranquilos los dos hermanos, esperando el dia en que se eleve en el horizonte el májico sol de la libertad y en que tiemblen estremecidas las peñas al eco de los alaridos de guerra.

Mientras tanto Voto, para entretener su actividad, se entrega á correrías por las montañas y endurece su corazon con la caza.

Un dia iba en persecucion de un ciervo que veloz como una saeta atravesaba valles y bosques. Voto le seguia con ardor hasta llegar á una llanura, donde, animado por su estension el bizarro mancebo, dió rienda y espuela al espumoso corcel que corrió tras el ciervo con la velocidad del rayo. Hallábase ya cerca de su presa, iba á clavarle el venablo, cuando la vió desaparecer de pronto como por encanto. Inmediatamente, á pocos mas, vió el borde de un abismo, quiso detener su caballo pero ya no era tiempo. El precipicio abrió su ancha boca para tragarle.

Entonces, — así lo cuentan las historias, así lo narran las leyendas, — Voto recordó su devocion á San Juan Bautista y encomendándose de todo corazon á su santo protector en aquel lance fatal, exclamó al ir á arrojarse en la honda cima el ciego caballo:

— San Juan Bautista, valme!

Y el corcel quedó inmóvil en los aires, sobre el abismo, tranquilo y pacífico como en tierra firme.

Admirado Voto, retrocedió con su caballo, echó pié á tierra, decidiendo, por un maquinal impulso del alma, registrar la profunda cima en que iba á estrellarse á no ser por el milagro de su protector. Comenzó pues á trepar por entre bosques y breñas abriéndose paso con su espada á través de los árboles que le impedían avanzar, llegó al umbral de una cueva, penetró en ella con religioso temor y vió, creciendo su pasmo, un altar en el fondo de la peña con una efígie de San Juan Bautista alumbrada con el resplandor que despedia una lámpara moribunda. Tendido en el suelo reposaba el cuerpo difunto de un venerable cenobita al cual respetaban las fieras que iban á

apagar su sed en una fuente que corria cerca de aquel misterioso y retirado sitio. La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triangular en la que se veian escritas en latin estas palabras:

Yo Juan, el primer ermitaño de este lugar, habiendo despreciado el siglo presente por el amor de Dios, como me fué posible conforme á mis fuerzas fabriqué esta iglesia en honra de San Juan Bautista y aquí reposo. Amen.

El rostro del venerable ermitaño parecia animado por un resplandor del cielo, y sus ojos cerrados y sus mejillas contraidas por una angélica sonrisa demostraban la paz que hallára en el eterno sueño y lo puro de aquel corazon que el soplo de la muerte habia helado.

Voto se postró fervientemente ante la imagen, oró con devocion y atravesando su mente una repentina idea, salió de la cueva y fué en busca de su hermano á quien contó el suceso.

— Feliz, — le dijo al concluir, — partamos á habitar el asilo que la Providencia nos depara. Allí estaremos seguros mientras que aquí nos vemos cada dia espuestos á que los moros nos descubran. Allí rogaremos á Dios incesantemente por nuestra patria y aguardaremos tranquilos el dia acaso no lejano, de la santa libertad.

Feliz accedió.

Partieron pues al sitio donde se abria la cueva, sepultaron al muerto anacoreta colocando en la misma huesa la piedra escrita y, vistiendo toscos sayales de humildes eremitas, empezaron á rezar por la patria que tan cruelmente desgarraban las homicidas huestes del falso profeta.

Un año se pasó, y luego otro, y luego otro, hasta quince. La oracion no dejó ni un dia de salir pura y virgen de los labios de entrambos anacoretas cuyos cabellos empezaron á encanecer y cuyas luengas y pobladas barbas comenzaron á ornarse con hilos de plata.

En el interin proseguian las correrías de los sarracenos pasándolo todo á sangre y fuego y dando caza por los bosques y montañas á los cristianos como si fueran fieras.

Una mañana del año 743 los dos hermanos oyeron gemidos y lamentos humanos cerca de su cueva. Inmediatamente se dirigieron al sitio de donde partian que era de entre unas breñas y zarzales, y hallaron desangrándose á un mancebo de gentil continente. Habia sido herido por los moros los cuales no acabaron con él por haber perdido sus huellas.

Transportaron los dos hermanos al mal parado jóven á la cueva donde so-

lícitos le cuidaron hasta que vieron una á una cerrarse sus heridas y asomar los colores de la salud en su semblante.

Por él tuvieron noticia de que en las montañas de Asturias un varon ilustre llamado Pelayo por los cristianos y Belaij por los árabes, habia tremolado el pendon de la independecia y de la cruz, y al frente de un puñado de resueltos astures montañeses se habia precipitado sobre los moros, derrotando al pié de Covadonga un ejército de veinte mil sarracenos. Esta victoria habia dado gran fama á Pelayo, y los valientes reconocidos astures le habian elegido rey.

Voto sintió arder su sangre al relato de la hazaña de Pelayo y creyó llegado el instante de no aguardar mas, sino de salir de su cueva á cumplir el juramento hecho un dia sobre el cadáver de su padre de morir ó triunfar por la sagrada causa de la libertad.

—Oye, —dijole una tarde al huésped ya restablecido completamente de sus heridas, —conoces tú el camino que guia á las guaridas donde se han retirado los mas nobles caballeros?

—Sí, —le contestó el huésped.

—Pues entonces mañana al rayar el dia partiremos.

En efecto al dia siguiente, Voto, dejando encomendada la ermita á su hermano Feliz, partia lleno de entusiasmo y esperanza, é iba, como mas tarde debia hacerlo Pedro el ermitaño, á buscar uno á uno los guerreros que agrupados bajo el pendon de la cruz debian hacer temblar con solo el relincho de sus caballos las huestes capitaneadas por Muza y Tarec, debian reconquistar palmo á palmo y regándolo con sangre el territorio escapado de las manos de Rodrigo en una noche de orjía, y debian por fin dar principio á esa raza de héroes titanes que mas tarde llevaron el victorioso estandarte de Aragon á Mallorca, Valencia, Murcia, Sicilia, Grecia y África.

Noble y santa empresa la del oscuro ermitaño de la por él histórica peña de Uruel!

Voto vió á todos los guerreros que habian sobrevivido, reanimó el ardor apagado de los unos, atizó el entusiasmo de los otros, alentó á los débiles, se adhirió á los fuertes y á todos dió igual cita.

El 1 de Enero de 744 en su cueva, en la gruta habitada tantos años por el piadoso Juan de Atares.

Todos prometieron asistir.

Concluida su peregrinacion, reunidos ya los elementos que debian formar aquella santa cruzada, Voto se dejó caer de rodillas y, cruzadas las manos,

de lo íntimo de su corazon envió un cántico de gracias, y de alabanzas al Señor.

Tornado á su cueva, estrechó con efusion á su hermano entre sus brazos y, brotando de sus ojos lágrimas de la mas pura alegría:

—Feliz, —le dijo, —hermano mio, ruega al Señor como yo le he rogado ya y dale gracias por haber permitido que nuestra cueva de Uruel sea la Covadonga aragonesa y por haber querido que nosotros, sus mas oscuros y humildes siervos, seamos los que arrojemos desde lo alto de estas peñas un ejército sobre los moros, como él, en sus dias de cólera arroja de lo alto de las nubes un rayo sobre los réprobos.

III.

DIOS Y LIBERTAD.

Las tinieblas se agrupaban sobre las caprichosas peñas de los Pirineos, algunas de las cuales cubiertas de nieve se destacaban en las sombras pareciéndose á blanquizeas caravanas de fantasmas emprendiendo su pausado vuelo hácia su nocturno conciliábulo. El viento rujía prolongando sus agudos silvidos por aquellos desiertos, y un cielo de plomo bajo cuya bóveda se mecian y pasaban negruzcos nubarrones, dejaba caer grandes y heladas gotas de agua, precursoras de la tempestad que se formaba en el horizonte.

Sin embargo, á pesar de lo espantoso de la noche, cualquiera observador que hubiese tenido la mirada del águila que poder pasear por sobre aquellos montes, hubiera visto una multitud de sombras ya aisladas, ya reunidas, ya en grupos, ya dispersas, dirigirse hácia la peña de Uruel, trepar hasta cerca su cima y desaparecer repentinamente cual tragadas por un abismo.

Eran los citados por el peregrino Voto, eran los que se dirijian á la morada de los hermanos para, unidos, buscar los medios de salvar la patria.